



A DE VARGAS

I-1/3

“IN MEMORIAM” JOSEFINA ROBLEDO

RICARDO GARCIA DE VARGAS

“IN MEMORIAM”



Dibujo de I. PINAZO

JOSEFINA  
ROBLEDO

VALENCIA

RICARDO GARCIA DE VARGAS

“IN MEMORIAM”

JOSEFINA  
ROBLEDO

1892 — 1972

PROLOGO DE  
RAFAEL BALAGUER

VALENCIA

1974

“IN MEMORIAM“

JOSEFINA ROBLEDO

1892 - 1972

P-218

I-1/3  
1/10

“IN MEMORIAM”

JOSEFINA  
ROBLEDO



RECOPILACION Y NOTAS  
DE

RICARDO GARCIA DE VARGAS

PROLOGO DE  
RAFAEL BALAGUER



EDICION LIMITADA

PROPIEDAD DEL AUTOR



Depósito Legal: V. 4588-1974

MAKÉ MONTAÑANA.-VALENCIA

R. 1369.

## CONTENIDO

Prólogo. Por Rafael Balaguer.

Preliminar. Por el autor.

Introducción a un discurso de homenaje a  
Tárrega.

Anotaciones a un discurso no pronunciado.

Cómo era Tárrega. Por Josefina Robledo.

Tres artículos del Maestro López-Chavarri.

Un artículo de Pascual Portillo.

Charla en Radio Valencia, por "Pigmalión".

Oración Fúnebre por el Ilmo. Sr. D. Emilio M.<sup>o</sup>  
Aparicio. Capellán Mayor de la Basílica de  
Ntra. Sra. de los Desamparados.

*Este, lector, es un libro surgido del devoto recuerdo que un esposo amante y un grupo de fervientes admiradores y amigos dedican a una artista, cuyos merecimientos fueron muchos y quizá no debidamente reconocidos e injustamente olvidados: Josefina Robledo, es figura señera de la constelación de guitarristas españoles, con valores propios que destacaron su personalidad.*

*Acababa yo de iniciar mis estudios de la guitarra cuando tuve la fortuna de conocer y admirar a Josefina y el privilegio de que me honrara con su amistad. Recuerdo con toda nitidez el momento y las circunstancias en que la conocí. Allá por los comienzos del siglo, en tiempo que Tárrega acababa de morir; había en Valencia una muy importante guitarrería, la de Ibáñez Honsuy, primeros organizadores de la fabricación de guitarras en gran escala, y que era el centro de reunión de todos los aficionados y todos los guitarristas que por la ciudad pasaban.*

*Pasó por aquí el gran Llobet, y mi maestro, don Joaquín García, allá me llevó para que le oyera y*

para que nos diese algún consejo. Allí precisamente coincidimos con Josefina, condiscípula del maestro que había ido a saludarle. Entonces la oí por primera vez y me deslumbró. Su dominio, su seguridad, aquel sonido compacto, lleno, armonioso, a la vez poderoso y suave; la perfecta ejecución que consiguió de algunas obras de gran envergadura (recuerdo la primera que le oí una magnífica versión de la "Berceuse", de Schumann) fueron para mí, modesto principiante, desconsuelo y revulsivo a la vez, junto con mi profunda admiración: desconsuelo por sentirme tan distante y revulsivo porque me inspiró el deseo de mayor perfección.

Poco tiempo después fui invitado por un amigo, famoso médico, a una velada musical para oír a una artista de la que me habló con gran entusiasmo. Cuál no sería mi grata sorpresa al encontrarme de nuevo ante Josefina, pues de ella se trataba. A partir de entonces, el doctor y yo fuimos recibidos en su casa, disfrutamos repetidas veces de su arte incomparable y pudimos gozar de la estima y amistad de una familia modelo (sus padres y hermana) de exquisito trato y gran devoción por el arte y la música. Su padre, modesto y hábil artesano, era hombre cultísimo e inteligente aficionado.

Pronto se extendió la amistad a mi propia familia, surgió entre todos una grata convivencia; surgieron papeles por ambas partes, intercambiando obras y surgieron unos muy interesantes, transcripciones de Tárrega para dos guitarras que Josefina conservaba como oro en paño. Tuve la satisfacción de ser requerido para colaborar con ella en la ejecución de dichas obras; en fin, de todo esto brotó y se consoli-

dó una amistad y, por mi parte, una admiración cada vez mayor que nunca se extinguió a pesar de los muchos años transcurridos y de haber seguido luego distintos caminos y, por mi ausencia de Valencia desde los años 20, no haber sido nuestro trato tan frecuente. Admiración y amistad que me han decidido a aceptar el honroso encargo de prologar este ramillete de recuerdos dedicados a mantener en pie la memoria de una artista que, aunque alcanzó fama y renombre, no fueron ciertamente los debidos a sus merecimientos.

Retirada de la vida activa de concertista hace muchos años, pues su salud y su temperamento no avenían fácilmente con la trepidante vida que hoy ha de llevar un gran concertista, nunca dejó de cultivar su arte, nunca dejó de ser la exquisita intérprete y espléndida guitarrista que siempre había sido, y, hasta sus últimos momentos, vivió plenamente entregada a sus dos grandes amores: la música y su adorado esposo, compañero amante y fiel que la Providencia le deparó cuando en corto espacio de tiempo había perdido a sus familiares todos.

En fin, debido a este retraimiento de tantos años, la joven generación de nuestros guitarristas, tan brillante y numerosa, quizá no conoce debidamente a esta egregia figura de nuestra Valencia; y este libro, en el que algunos devotos evocamos su recuerdo, espero contribuya a repasar esta omisión, ante ellos y ante el público en general.

Es indudable que Josefina Robledo, de la mano del gran Tárrega, del que fue alumna directa y predilecta, está situada a la cabeza, en el primer puesto entre todos nosotros, los guitarristas valencianos,

viejos y jóvenes, y como es de justicia recordarlo, así lo proclamo y reitero.

*De las características de su arte, de su técnica perfecta, impecable estilo y exquisitas interpretaciones, nada digo aquí, pues ya se trata en otro lugar de este libro y también quedan glosados en las autorizadas críticas y comentarios que en él se recogen.*

*Como verá el lector, éste es un libro devoto y apasionado, transido de emocionada admiración y añoranza, pero que nadie se engañe: nada hay exagerado. Todo es merecido y el recuerdo perdurará vivo y cálido entre nosotros, en memoria de la señora personalidad y del arte incomparable de Josefina Robledo.*

RAFAEL BALAGUER FERRER



Josefina Robledo (1915)

## PRELIMINAR

**E**L día 26 de marzo de 1927 contraíamos matrimonio en la iglesia parroquial de Burjasot, Josefina y yo. El día 25 de mayo de 1972 fallecía en Godella, Josefina. Y yo, solo, en la cabecera de un duelo integrado únicamente por unas cuantas personas, la acompañaba a su última morada.

Había sido una enfermedad corta; una última caída le ocasionó un trastorno orgánico, a los dos días de cumplir los ochenta años, y después de unos días de inquietud, entregó su alma a Dios. El párroco del Salvador, de Godella, don José Guerola Espi, la asistió en su tránsito, y el médico, don José María Valls, titular de este pueblo, firmó el acta de su óbito.

Todo se había hecho como Josefina había encargado reiteradamente. No quería que su muerte trascendiera, porque la solemnidad de la muerte no había de empañarla ninguna estridencia social. En la misa de "corpore insepulto", el sacerdote que la había asistido, dijo unas sencillas palabras, dando cuenta de sus últimos momentos.

Así terminó todo: como ella me encargó.

Después, las monjitas, donde Josefina había ido varias ocasiones a llevarles el aleluya de su música, quisieron honrarla con un funeral, y yo quise hacerlo allí a pesar de que en la parroquia de San Bartolomé

hubieran querido así mismo organizarlo; cosa que se resolvió repitiendo, al mes siguiente, el funeral solemne, que una gran orquesta, organizada por San-saloni, ejecutó con toda dignidad y toda la devoción de buenos músicos.

No quería Josefina que nadie se molestara por su causa, y así, respetado su deseo, su muerte pasó desapercibida y a nadie se le participó hasta el funeral de que se hace mención.

---

Pero yo tenía en obligación moral de recoger unos recortes de prensa, unos programas, unas hojas que, como hablaban de ella y de su arte, las guardaría para siempre. Y esto viene a ser el libro que hoy se publica: una especie de índice de lo mucho que he guardado en este archivo mío, y que no quiero privar a los que, con nosotros convivieron, de un recuerdo, tanto más querido cuanto más sincero. No son siquiera una biografía, ni aún un perfil de su vida, que ya no es nada; y así como las notas de su guitarra quedaron vibrando en el aire y están solas, caminando por el éter, lo mismo el recuerdo de los que la trataron y de los que la quisieron, queda vibrando en el corazón de los que supieron valorarla en vida.

Cuando yo conocí a Josefina, venía de regreso de América; con el espíritu amargado por una experiencia, quizá, prematura; ya había saboreado los mayores triunfos que un artista puede tener, pero también ya había sabido de lo efímera que es la gloria que se alcanza con el trabajo intenso de la dedicación al arte puro repartido entre los demás. No estaba realmente decepcionada de la vida, pero sí tenía una experiencia amarga, que aumentaba su claro talento y

su enorme sencillez. Se ha dicho muchas veces que las dotes portentosas que tenía para la interpretación de dificultosas obras, la perjudicaba, y es cierto, pues las gentes suelen confundir los términos y, muchas veces, truecan la cortesía por la debilidad, si no se les sirve el plato fuerte de la popularidad adobado con esos trucos, tan fáciles de producir en falsos temperamentos, con la nota picante de originales falacias.

Josefina Robledo, artista de excepción, era por ello sencilla, y desconcertaba la facilidad con que se producía en la guitarra y en la vida misma. No, no fui yo quien la apartó del público, porque si bien es cierto que en nuestras conversaciones yo le di a entender que no serviría de secretario a mi esposa, ella, a su vez, me corroboró que jamás podría casarse con una persona que pudiera ser secretario suyo.

Alguien ha reprochado que no se hicieran grabaciones, y aún yo mismo le instaba a hacerlo; ella, empero, pretextaba siempre algunos argumentos; y cuando yo traje a nuestro domicilio un equipo completo de grabación, para que no tuviera que desplazarse, todo él hubo de regresar, porque decidió que no estaba lo suficientemente preparada...

Mucho después he comprendido el por qué de estas inhibiciones.

Todos recuerdan cómo Josefina, cuando tomaba la guitarra entre sus manos, se transfiguraba: todos han visto el cambio radical que había en su semblante y en todo su espíritu desde los primeros acordes, no solamente en sus actuaciones en público, sino también en esas reuniones privadas, que tanto agradan a los guitarristas, y que son verdadero solaz del espíritu, sobre todo, cuando la reunión es selecta, y

culmina la común emoción del arte puro; y yo os diré, que hasta en las horas de estudio más fatigoso, en las repeticiones machaconas de unos ligamentos de notas que se resisten a salir a gusto del intérprete y que logran vencerse a fuerza de insistencias, tenía el mismo rictus de emocionada entrega. Decía Chavarri, y con razón, que Josefina "oficiaba", cuando interpretaba algo de guitarra, y que esa emoción lo graba comunicarla al oyente; de modo que las audiciones tuyas eran una compenetración de oyente y ejecutante, que duraba, justamente, lo que duraba el recital. Algo así, me imagino yo, que debe ser, que es, en realidad, una misa dicha por un sacerdote lleno de unción y el auditorio que dialoga con él en un oficio divino, lleno a su vez de la emoción tremenda de estar asistiendo, no a una conmemoración, sino a la realidad del Sacrificio. Si hacéis una grabación de ese momento, al reproducirla después, quedará un documento, pero no tendrá, ya, el valor de la misa real que quedó allí grabada, con los medios más o menos perfectos, pero sin la autenticidad, que ya pasó, cuando pasó el momento crítico.

Y ese momento que ya pasó, que no se puede retener en su esencia y que es recuerdo, cuando se repite, era el que, al no poderlo guardar, como pasa con todos los instantes de la vida, acaso fuera lo que le diera a Josefina la justa medida del valor de lo que es en realidad una grabación.

Y yo hice la prueba, adquiriendo un "Grundig", tan fiel como es posible la fidelidad sonora en estos días de ahora, y presintiendo su final, hice algunas grabaciones "clandestinas", que sólo tienen el valor y la duración de un íntimo y personalísimo recuerdo; y entonces, comprobé la realidad.

No es la edición de estas notas, ni un libro de público, ni un alarde de nada, sino un emocionado recuerdo, compartido con unos queridos amigos de siempre, que yo sé guardarán estas hojas como algo íntimamente ligado a sus sentimientos de amistad y de buena añoranza.

Su composición es sencilla: un prólogo de Rafael Balaguer, que también hace una alusión al acto conmemorativo de Tárrega, en que, Emilio Pujol vino a Valencia a presenciarlo; el discurso de Josefina, por el que tanto se interesó De Nueda; unas notas publicadas por don Eduardo López Chavarri —autoridad máxima en la crítica musical, y que tanto conoció y admiró al maestro Tárrega—, y con cuya leal amistad y la de su esposa, Carmen Andújar nos honraron durante muchos años; una alusión de Portillo en "Jornada", la charla de Pigmalión en Radio Valencia y la oración fúnebre pronunciada en el funeral solemne por su autor el Capellán Mayor de la Basílica de Nuestra Señora de los Desamparados, el Ilmo. señor don Emilio María Aparicio Olmos viene a ser, con algunos recuerdos gráficos de distintos momentos de su vida, como una recopilación, a modo de recordatorio sentimental y en área íntima y casi local, que se da a la imprenta a modo de índice. Lo demás, prensa, crítica, comentarios del extranjero, correspondencia, distinciones, queda guardado entre los legajos de una colección, con valor de ejemplaridad, nada más.

Lo vivo, el encanto del buen hacer y del buen decir de Josefina, lo guardamos los que tuvimos el privilegio de acompañarla en su paso por este mundo.

## PALABRAS

que sirvieron de introducción en el discurso homenaje de don Francisco Tárrega y Eixea en el cincuentenario de su muerte, pronunciadas por don Rafael Balaguer en la noche del 15 de diciembre de 1959, en velada organizada por "Amigos de la Guitarra" de Valencia.

Señoras y señores invitados: queridos consocios de "Amigos de la Guitarra": Hoy hace exactamente siete años que nuestra sociedad inició sus actividades; precisamente tuvimos la afortunada oportunidad de inaugurar nuestros conciertos en este mismo día, que todo el mundo guitarrístico de todo el mundo dedica a honrar la memoria de aquel preclaro artista y hombre bueno, que se llamó Francisco Tárrega. Fecha dolorosa, pues es la de su desaparición y también jubilosa, pues que no recuerda su arte, y, su arte, imperecedero, está aún aquí, entre nosotros y perdurará a través de sus discípulos directos e indirectos, ya que la huella de aquel gran maestro es tan profunda y amplia, que todos cuantos tocamos o nos interesamos por la guitarra estamos influidos por ella. Jubilosa también, porque han trascendido a todos los sectores musicales por todos los confines del ancho mundo, y prueba de que el recuerdo y la veneración de Tárrega han adquirido dimensión universal. Este año, gracias a la gentileza de Josefina Robledo, al aceptar la invitación de "Amigos de la Guitarra", el llamado "Día de Tárrega", adquiere singular relieve, pues a los méritos personales, verdaderamente relevantes de nuestra valencianísima guitarrista, se une su condición de discípula directa y auténtica del gran maestro. Su condición, además de haber permaneci-

do insobornablemente fiel a su estilo, maneras y calidad expresiva. Quiere esto decir que, al oír a Josefina Robledo, siempre, pero más particularmente en esta señalada ocasión, vamos a escuchar el más emocionado y emocionante eco del glorioso arte del maestro. ¿Qué mejor conmemoración del "Día de Tárrega" podría hacerse? ¿En qué parte del mundo, de ese ancho mundo donde tantas conmemoraciones se estarán celebrando en estos momentos, podrán decir lo mismo y oír lo que nosotros vamos a oír? Hemos de agradecer públicamente, y aquí en este sitio y en este momento, a Josefina Robledo, que haya salido de su voluntario retiro para deleitarnos con su arte, para honrar a su maestro y para proporcionar a "Amigos de la Guitarra" la ocasión de ofrecer al mundo guitarrístico universal la más certera y mejor conmemoración de Tárrega que puede hacerse.

## UNAS ANOTACIONES DEL AUTOR,

preceden a la grabación del discurso de Josefina Robledo como explicación del mismo, y como nota biográfica de la artista, y dicen así:

"Vais a oír la voz de una verdadera artista, de JOSEFINA ROBLEDO, que nos habla de quién fue su maestro, don Francisco Tárrega, en el que, como veréis, cifró toda su veneración, y cuyos consejos fueron, para ella, sagrados, aún después de haber labrado su propia personalidad, y muy acusada, en el arte de la guitarra.

Josefina Robledo murió hace poco más de dos años. Algunos la recordarán todavía; ya, con su pelo completamente blanco, algo encorvada por tantas horas de estudio con su guitarra, la expresión amable, el gesto siempre cordial, dispuesto a decir la frase justa, el concepto elevado de todo cuanto estaba en torno suyo; y una mirada penetrante y dulce, al mismo tiempo, completaba un halo especial de gran señora, que la hacía atrayente desde las primeras palabras, que con ella se cruzaran.

Y no creáis que en mis palabras pesa el, casi, medio siglo de matrimonio, en cuyo tiempo, es cierto, no hubo ni un solo momento en que su espíritu pudiera resentirse con el más mínimo detalle ajeno a la exquisitez de su alma; pues ahora, objetivamente, en

un obligado esfuerzo de inhibición personal que debo, principalmente, a mi dedicación a las cosas históricas, sólo me interesa la verdad, y el contraste de lo que de Josefina Robledo saben y dijeron los que la pudieron tratar. Así la biografía que yo debo a su memoria será, fundamentalmente, una recopilación de datos interesantes que fui preparando, y que su terminación y publicación llevan el natural retraso impuesto por mis dramáticas circunstancias.

Estas notas biográficas, que aquí se señalan, son sólo las indispensables para recordar su personalidad, sin más detalles que lo estrictamente necesario para ello.

Josefina Robledo nació en Valencia, el día 10 de mayo de 1892, hija de don José María Robledo y de doña Rafaela Gallego. Estaba emparentada con don Luis Gallego, músico y director de número del Centro de Cultura Valenciana, y con don Andrés Goñi, violinista y director de orquesta. Falleció en Godella el día 25 de mayo del año 1972.

Como ella misma relata, su primer concierto tuvo lugar en el Conservatorio de Valencia, el día 16 de noviembre de 1907; a partir de este concierto de presentación, actuó en diferentes locales, hasta que, aconsejada la familia por muchas personas, emprendió sus actuaciones fuera del territorio nacional, comenzando por la República Argentina, recorriendo después muchos países de Hispanoamérica, donde por su personalidad le grangean triunfos, que representarían un puesto preeminente en los medios musicales. Aunque, en Buenos Aires había fijado su residencia, requerida por elementos culturales del Brasil, residió en esta nación algunos años, recorriendo los más apartados lugares; seducida por el encanto

de sus paisajes, hizo turnées por toda la cuenca del Amazonas, interesándose, a veces hasta los más apartados lugares, en busca del cancionero aborigen.

Vuelta a Argentina, enfermó su padre, que tuvo que regresar a la península; después de cumplir contratos, que anteriormente había firmado, y ya, añorando, siempre, un regreso a sus lares, vuelve a Valencia, pues su sensibilidad se resentía de una lucha bien dura con la realidad, que tiene que transigir con empresarios rapaces, y con la soledad, tan lejos de la "terreta".

Vendrían después unos conciertos en Eslava, a requerimientos de sus admiradores; su gira por las Culturales, sus conciertos de Alcoy, sus viajes a París y Bruselas, sus recitales en la Comedia de Madrid, etcétera.

Entre las cualidades de Josefina Robledo, sobresalía su extremada modestia; como su maestro, buscaba siempre la suma perfección del sonido y la fidelidad musical de las obras, no quedando, muchas veces, satisfecha de sus interpretaciones que, por otra parte, alcanzaban una altura de técnica y de dicción impecables y que su temperamento especial les daban un carácter propio. Y aún tenía algunas composiciones, "ensayitos", como ella los calificaba, que, por no concederles ninguna importancia, hubieran quedado en el anonimato, si un discípulo suyo, no hace muchos meses, revisando papeles y músicas, no las hubiera descubierto.

A América, como queda dicho, fue cargada de ilusiones; recorrió varios países, llevándoles la buena nueva de un arte puro: Tárrega, Sor, y además, Albéniz, Granados, y transcripciones, que por entonces no había más remedio que hacer por el corto reper-

torio guitarrístico. De Argentina trajo el tesoro de su música aborígen, recogéndola directamente de los grupos de nativos que pasaban por su domicilio, y que no hace mucho, en visita de Atahualpa Yupanki, a Valencia, quiso conocer a Josefina Robledo, y fue a Godella, y allí admiró y glorió su gran labor, que aún se recuerda; en Brasil, también grupos de cariocas quedaban maravillados de la musicalidad y justeza, con que al transcribir a guitarra sus sonos populares, quedaban plasmados. Corrió toda la extensa cuenca del Amazonas, y por los más apartados rincones dejó oír su guitarra; y Paraguay, y, otras muchas repúblicas, recuerdan aún sus audiciones, habiéndose organizado, por las principales ciudades de la América del Sur, donde era tan querida, actos de emocionada memoria al conocer, no se sabe cómo, la noticia infausta de su muerte, a pesar del tiempo transcurrido desde que ella residiera por allí.

Al regresar a España, en un ansiado paréntesis de descanso, para buscar después nuevas rutas de su arte, fue requerida en Madrid, para dar conciertos, y a raíz de éstos, y de una turné por toda España, se le ofreció y firmó contrato para Cuba, primero, y Norteamérica, después, turné que no realizó por la concurrencia de muchos factores, como la muerte de su madre y de su hermana, su matrimonio y otras circunstancias que le hicieron quedarse en Valencia, añorada siempre y formar aquí un hogar.

Hacemos, en este punto, una mención del conocimiento con la artista, más por complacer requerimientos de amigos que por considerarlo muy pertinente:

Cerca de Jaén, pueblo donde yo nací, y donde, de siempre, radica mi familia, está Martos, donde yo

había llegado en funciones profesionales y en una convalecencia sentimental, con ánimos de descanso y sin proyectos de emprender nuevas actividades.

Siempre he sido un apasionado de la música, y creo que es muy necesaria para vivir un poco apartado de las miserias que la vida tiene. Al principio de los años 20 no había posibilidad, en la ciudad de los Carvajales de escuchar buena música: la radio estaba "en mantillas", y los medios de difusión eran poco menos que nulos. Sólo teníamos, en aquel hermoso pueblo un gramófono con algunos discos de Beethoven, algunas óperas y algunas canciones de Tito Schipa, repertorio exquisito, pero que no bastaba a las ambiciones musicales de los tres —Luis Carpio Moraga, escritor; el médico, don José Puertas y yo— amigos que nos reuníamos todas las noches para evocar melodías, o bien para planear algún viaje a la corte para escuchar las orquestas de Arbós o de Pérez Casas, que por entonces se distribuían la afición melómana del país.

Yo concebí la idea de "traer la montaña a nosotros", fundando una sociedad filarmónica de Cultura Musical, empresa un poco comprometida en el medio rural, entonces abocado solamente a la recolección de aceitunas y a la elaboración de sus famosos aceites de oliva; y aunque costara ir de puerta en puerta solicitando la limosna de una suscripción, logré hacer un núcleo bastante adecuado para exponer en la Asociación de Cultura Musical de Madrid los propósitos que me animaban para que nos aceptaran como una Delegación. Así pudimos conseguirlo y nos comenzaron a enviar artistas de la categoría musical de Manén, Rubinstein, Sedano, Nerio Brunelli, etc., que alternaban con cuartetos de pequeñas orques-

tas de cámara, y aún con agrupaciones numerosas, como las rusas de balalaikas, bailes, etc., con lo que se había logrado despertar un pueblo de la somnolencia de un caminar exclusivamente agrícola, y traer a nuestro espíritu la gran música, oída directamente a los grandes concertistas.

Así fue como un día me anunciaron de la Casa Daniel la venida de América de una gran concertista de la guitarra, que era un honor para las culturales el poderla escuchar, etc. Esta fue la venida de Josefina Robledo a la Delegación de Cultura Musical de Martos.

El concierto de Martos fue, naturalmente, una revelación, precisamente entre personas que habían escuchado ya la guitarra, que comenzaba a renacer. Al día siguiente, tenía señalado un concierto en la Delegación de Jaén, y yo la acompañaba, por lo que mis familiares pudieron escucharla, ya que tuvo la gentileza de llevar su guitarra a mi domicilio. Después de este concierto, dado con honores de acontecimiento extraordinario, en el paraninfo del Instituto, tuvimos una deliciosa reunión con Luis González López, Antonio Alcalá Wenceslada y José María Martínez, entre otros elementos intelectuales gienenses, de inolvidable amenidad.

Otro concierto habría de dar Josefina en la provincia de Jaén, y al que también la acompañé, y fue en Linares donde el Delegado Chelvi, después de su éxito tuvo frases de excepcional encomio.

Después de aquellos tres días, entablamos una correspondencia, y al año del concierto en Martos contraíamos matrimonio y nos instalábamos en Madrid, donde yo estaba a la sazón ocupado en asuntos profesionales de la pedagogía de anormales.

Habría de venir después —justo es confesarlo, sin que su delicadeza me hubiera hecho jamás la menor insinuación—, la decisión mía del traslado a Valencia, completando, con ello, una de las mayores satisfacciones de su vida, y siendo Godella el pueblo ideal que los dos elegimos como tierra de promisión.

Nunca dejó de pulsar la guitarra; todos los días estudiaba intensamente, hacía transcripciones o atendía a discípulos que venían, de América, principalmente, o de Europa; más rehusaba ya exhibirse en público a no ser que la requirieran en algún acto de homenaje a Tárrega, o por imperiosa caridad.

Recordemos los llevados a cabo por "Amigos de la Música", "Amigos de la Guitarra", "Círculo de Bellas Artes de Valencia", y también, el organizado por el Ayuntamiento de Villarreal de los Infantes, con motivo del centenario del nacimiento de Tárrega, en el que tomaron parte con Josefina Robledo, Pepita Roca, Daniel Fortea, Emilio Pujol, y al que asistieron los hijos del gran artista villarrealense. Solamente rememoraremos las horas pasadas en Alcoy, donde la "Armónica Alcoyana" le nombrara un día su Presidenta de Honor en actos que nunca olvidaría Josefina, hasta el punto de llevar, alguna vez, a la ciudad del Serpis los recuerdos de su arte.

Cuando Daniel de Nueda le propuso dar una charla en el Conservatorio de Valencia, tuvo muchas vacilaciones para complacerle, tantas, que yo, que tanto conocía sus reacciones, temí por la realización del acto y pretextando el cronometraje y el encajar, en su caso, la duración de la futura charla, después de que hicimos unas notas, pude conseguir grabarla en mi magnetófono.

A los pocos días, Daniel de Nueda, fallecía, y Josefina entregaba a Dios su alma meses después.

Y sólo quedó, de todo aquello, la cinta que váis a oír.

## COMO ERA TARREGA

por Josefina Robledo

"Señoras.

Señores.

Alumnos del Conservatorio:

No puedo sustraerme a deciros unas palabras previas, que a mi me importan mucho, para justificar, y disculpar, esta intervención mía, aquí, en un aspecto en que nunca creí actuar, invadiendo un terreno que, si a los charlistas y conferenciantes les viene como anillo al dedo, a mí me es completamente extraño y desconocido.

Ha tenido la culpa vuestro director, Daniel de Nueda, al rogarme que trajera a esta clase, que con tanto acierto rige doña Rosita Gil, el recuerdo de mi maestro Tárrega, y a mis negativas —más por mi natural resistencia a una tardía exhibición, que al propósito de que vosotros os pusiérais en contacto directo con una discípula del maestro Tárrega—, opuso siempre de Nueda la figura del gran guitarrista, con tanto cariño, que al complacer su entusiasmo, tengo que aunar el afecto por vuestro director, con la veneración que en mi espíritu siempre fue, don Francisco Tárrega.

En el salón de actos de este Conservatorio de Valencia sonaron, en diversas ocasiones, las notas de la guitarra de Tárrega. En este mismo salón hice mi primera presentación en público, allá por el año 1907;

también en este salón di mi último concierto en público, al acceder, después de un silencio voluntario de muchos años, a la conmemoración de los "Amigos de la Guitarra", del cincuentenario de la muerte de Tárrega, el 15 de diciembre de 1959. ¡Juzgad si para mí tiene recuerdos esta casa!

---

No quiero hablaros de lo que Tárrega representara en el mundo de la guitarra, ni aun en el mundo musical, ni de su vida, ni de su obra. No es esa la intención.

Yo quisiera hablaros, sencillamente, de su condición humana, de su figura, de su exquisitez, de su especial tacto con las gentes, en fin, de su prestancia espiritual. Mas como para ello se necesitarían muchas horas, voy a limitarme a relataros algunos momentos de su convivencia conmigo y con mi familia, que pudieran trazar algunos rasgos de su carácter y de su persona. Y me váis a perdonar, que no fiándome de la emoción, haya anotado en unas cuartillas mis ideas; y os ruego que no veáis en ello ni el remedio de un acto solemne, y menos de petulancia; cuando se habla de Tárrega, todo ha de ser sencillo y cordial, como él lo fue a lo largo de toda su vida.

---

No prescindo de situarme en el medio familiar, en el que todo lo que yo diga aquí ha de desenvolverse, aun considerando las dificultades de que, por la gran distancia entre estos tiempos de ahora y los de hace más de medio siglo, os cueste trabajo comprender.

Por ejemplo, ahora una enfermedad puede superarse con medios técnicos y sociales que antes eran desconocidos: equipos de médicos, sanatorios, residencias, etc., permiten a las familias desenvolver sus cotidianas actividades mientras el enfermo se inserta en la colectividad sanitaria. Cuando en casa enfermó un hermano mío, hubo que hacer un desplazamiento colectivo a un pueblo de altura, a Estivella, y allí tuvimos que hacer cuartel general y acomodar dada la vida al acontecimiento angustioso, supliendo, con cariño, lo que la ciencia no podía proveer.

Así, mi madre, toda corazón, para evitar al enfermo la tortura del reposo impuesto en plena juventud, ideó poner en sus manos una guitarra y junto a él, un profesor que le enseñara los secretos del instrumento; y aún ella misma fraguaba acompañamientos para animar su afición. Al morir este hermano mío y sembrar el dolor en la familia, los instrumentos quedaron mudos, hasta que un día, el profesor, con muy buen sentido de la realidad, logró formar, con los hermanos un trío; y, aunque yo era la más pequeña, elegí, para mí, la guitarra, parte porque su sonido había tenido en mí inefables resonancias, y también, como recuerdo querido a mi hermano, a quien tantas veces había oído tocarla.

El trío musical que formábamos, alentado ya por mis padres, estudiaba de veras y hasta acometía obras de cierta importancia; aquellas óperas que tanto se prodigaban en largas temporadas en Valencia, tuvieron eco en nuestro conjunto musical, que se desenvolvía con elogios de deudos amigos y hasta de oyentes extraños, que nos alentaban.

Si una predisposición especial o una musicalidad innata me hicieron adelantar bastante en el manejo

de la guitarra, determinó que yo me destacara un tanto, fue motivo de que me animara a emprender más especiales obras sólo de guitarra, que por otra parte a mi me gustaba mucho. Y esto determinó, que al venir por entonces a Valencia, Tárrega, en una de sus muchas visitas a nuestra ciudad, presentaran a mi padre, a don Francisco, a quien en el transcurso de la conversación le enteró de que tenía una hijita que tocaba la guitarra y quería saber él, si tenía o no, condiciones para seguir con el estudio.

Cuando Tárrega hubo dado la conformidad, expresó su deseo de oírme y hasta le dio a mi padre una cita para el día siguiente, en que él daba un recital; y mi padre vino a casa alborozado, comentando la bondad del maestro, que tan sencillamente había accedido a su petición; la casa se llenó de júbilo, de emoción y, también, de esperanzas.

Nunca me olvidaré de aquel concierto de Tárrega. El maestro, rodeado de admiradores, conversaba afablemente con todos. Era más bien, alto; su barba algo descuidada y su abundante cabellera le daban una personal fisonomía, muy acusada por su mirada, que tras unas relucientes gafas, tenía una mezcla de interrogación y curiosidad por todo, si bien pronto se echaba a ver la dificultad de un padecimiento ocular que le molestaba.

Mi padre y yo, callados, le contemplábamos en la lejanía de aquella sala, confundido entre los amigos que estaban ávidos de escucharle. Vi cómo tomaba la guitarra lentamente en sus manos, y cómo empezó a predular, suavemente, y cómo poco a poco comenzaron a brotar notas claras, limpias definidas —las más dulces que yo había escuchado—, y mi padre y yo nos apretábamos las manos de emoción por po-

der escuchar tal maravilla. No sabría decir si aquel concierto duró mucho o duró poco, porque escuchándolo se perdía la noción del tiempo.

Cuando terminó, los aplausos se confundían con las felicitaciones, parabienes, abrazos, y poco a poco fue quedando en silencio y todo parecía darse por acabado. Fue entonces, cuando Tárrega, dirigiéndose al público y como buscando con la mirada a mi padre, dijo:

—Ahora, veamos a la pequeña guitarrista.

Sorpresa en todos, y también en nosotros que creíamos que el Maestro acaso no se acordaba de la cita.

Me senté en una silla, con la guitarra. El Maestro, desde lejos me contemplaba con su mirada indecisa de la lejanía, cuya penumbra aumentaba el humo de los cigarros. Yo estaba suspendida en el aire de emoción, ante quien me la había causado tan profundamente.

Por fin pregunté algo insólito:

—¿Qué toco?...

El dijo:

—Toca lo que tú quieras.

Y yo, con la inconsciencia de los niños, y sin acordarme de su autor comencé a tocar "Capricho árabe", del propio Tárrega, ante el murmullo sordo de la concurrencia. Otras cosas toqué, y el Maestro que me escuchaba en silencio, iba acercándose más, con curiosidad, hasta que, al terminar, lo sentí junto a mi silla. Y volviéndose a mi padre, le dijo:

—Tantas condiciones tiene esta niña, que desde ahora me considero su Maestro.

Los rumores aumentaron y él dijo, dirigiéndose a mí, cariñosamente:

—Mañana te espero en el Hotel.

Y a la mañana siguiente, en el Hotel, me recibió el Maestro con su habitual bondadosa cortesía. Y comenzó la lección diciéndome:

—Lo primero que has de hacer, es cortarte las uñas. Después, olvidarás todo lo que has tocado, como si nunca hubieras tenido en la mano una guitarra.

—Sí, señor —contesté yo dispuesta a hacer cuanto me mandaba.

Manos a la obra, allí mismo había unas tijeritas, me corté las uñas cuidadosamente, me "colocó" en la posición correcta, y me dio, después de algunas instrucciones, unos estudios, advirtiéndome:

—Aunque, con ésto tienes para unos días, si quieres, puedes venir mañana.

Y "mañana", a la misma hora, estaba yo allí, diligente con todas las lecciones aprendidas, y tan a gusto, que planteó otros planes más urgentes de enseñanza.

A diario estuve dando las lecciones con el Maestro, hasta que hubo que marchar de Valencia. Mi padre, en vista de que la ausencia podía ser larga, le pidió orientación y Tárrega le indicó la conveniencia de estudiar, sola, todo cuanto había aprendido, hasta que él reanudara su lecciones.

A la residencia de don Francisco en Barcelona, acudí yo, que me desplazé en compañía de mi madre, y allí, pude vivir su ambiente familiar. Su esposa, su hermano, sus hijos, toda la familia me acogió con cariño, y pude tener la satisfacción de casi considerarme uno de tantos miembros de la familia Tárrega, con cariño que ha perdurado siempre.

\* \* \*

Estando nosotros, ya de regreso en Valencia, tuvo Tárrega un duro ataque a su salud. La convalecencia fue larga, y poco tiempo después, escribió a mi padre con el encargo de que le buscara un alojamiento para residir algún tiempo en Valencia. Mi padre contestó, telegráficamente, diciendo que ya lo tenía en nuestra casa. Y Tárrega vino a Valencia y en nuestra casa vivió una larga temporada.

Vivíamos nosotros entonces en un entresuelito de la plaza de San Bult. Como el piso era modesto, nos acomodamos de manera que el Maestro tuviese su alcoba independiente, y también una sala en donde recibir visitas. Esta convivencia familiar, hizo que yo conociera mucho mejor aún al Maestro.

Cuando llegó a casa, mi madre se encargó del arreglo de sus ropas, de su comida especial, de los mil detalles que eran precisos, a un enfermo que tanto necesitaba. Para dar una idea de nuestra dedicación, os contaré que Tárrega padecía una enfermedad cruel en los ojos. Apenas veía, si no extremaba la higiene y el plan que un médico le había ordenado, por lo que, los lavatorios oculares había que hacérselos a menudo, y yo me encargué de ser su enfermera. Aún os contaré que en los párpados crecían algunas pestañas inoportunas, por la parte interior, y con unas pinzas había que arrancarlas con un cuidado estremado para no hacerle daño. Don Francisco, después de cada cura alababa mi forma de tratarlo y se deshacía en palabras de gratitud.

En el trato con las gentes, don Francisco era la amabilidad misma; tantas personas como trataba, a todas les dirigía frases amables, aunque algunas

veces "sabíamos" que, interiormente, no estaba en disposición de prodigarlas.

Si le presentaban a un futuro guitarrista, lo elogiaba, lo alentaba y le prometía que para más adelante tendría mucho gusto en ser testigo de sus progresos, etc., en un gesto de caridad infinita.

Al despertar el Maestro, bien entrada la mañana, lo primero que hacía, antes de nada, era coger a tientas la guitarra, y aún en la cama, casi sin abrir los ojos, comenzaba a tocarla. Entonces nosotros respetábamos estas horas, y cerca del dormitorio, muy silenciosos, gozábamos de aquellas primicias tan bellas. Cuando él quería, llamaba, y era yo la que entraba a lavarle los ojos y aseárselos.

Después del desayuno, si no tenía visitas, salía, y eran bastantes los días que no volvía hasta la noche. Terminada la jornada, después de cenar, invariablemente, nos poníamos los dos a tocar, frente a frente. Comenzábamos con ejercicios dogitación, sincronizando los movimientos, cuyos ejercicios se iban ampliando cada vez más. Luego me hacía tocar algunas obras, y así continuábamos hasta altas horas. Después me preguntaba:

—¿Te cansas?...

Yo no me cansaba. Pero la mayor parte de las veces le contestaba.

—Un poco, Maestro...

Porque era entonces cuando él cogía la guitarra y comenzaba a tocar solo, y podréis figuraros con qué interés lo escucharía en esas horas tan silenciosas, que eran las preferidas por Tárrega para entregarse de lleno a su arte.

\* \* \*

Lo primero que impresionaba al oír tocar a Tárrega era su maravilloso sonido: suave, claro, preciso, en el que todas las notas tenían su relieve y cada una ocupaba su sitio adecuado. No se producía por trucos tan frecuentes en muchos teñedores, para simular planos que nada tienen que ver con la musicalidad. Más que sonido de vihuela podría compararse con el sonido de arpa, y muy dulce.

Provenía, en principio, de una técnica que el Maestro había adoptado para depurar el sonido de la guitarra hasta inmaterializarlo, dándole a la yema dureza necesaria para aprisionar la cuerda en el mástil, en su mano izquierda, y dar, con la derecha, el necesario impulso, sin rozar la inicial vibración, ni velarla con la uña.

¿Cómo empezó el Maestro esta técnica?

Ya he dicho, que Tárrega, cuando despertaba, sin abrir los ojos aún, tocaba su guitarra a tientas, y en la misma cama, comenzaba a tocar. Acaso era un impulso físico irresistible del que, a pesar suyo, no pudiera huir. Fijaos si sería grande este impulso, que, cuando estaba algún rato sin tocar, se sentía como nervioso e impaciente. Y aún vais a formaros idea de lo avasallador que en él era este movimiento, que cuando tuvo un ataque de hemiplegía, con paralización muscular, casi completa, que le inutilizaba de todo movimiento, su afán a tocar era tan grande, que se recuperó gracias al paciente método que empleó para volver a su guitarra. Pues bien, parece ser en cierta ocasión, cuando abstraído estaba tocando un movimiento involuntario de la mano determinó una rotura de la uña, lo que le impedía seguir adelante. Pasó un día molestísimo, y al día siguiente, al no querer resignarse a la inmovilidad y al silencio,

aún con el dedo sin la uña, comenzó a hacer ejercicios y notó, con sorpresa, que precisamente el dedo que no tenía uña, producía un sonido más puro que el producido por los que la tenían; y después de varios ensayos y cavilaciones decidió cortarse las uñas, aunque esto le costara, como así fue, hacer una técnica distinta, modificando, incluso, en algo, su posición anterior.

Yo, que había recibido de Tárrega las lecciones en su etapa posterior, fui educada en esta última manera de ejecutar, y a lo largo de mi vida hice culto a las enseñanzas de mi Maestro, por quien, además de la admiración del artista, tenía una veneración casi religiosa. Es verdad cuando se ha dicho de Tárrega es un "San Francisco de Asís de la guitarra" y su carácter amable, su frase cortés, su actitud frente a la humanidad, fue siempre de completa entrega al prójimo.

A mí me solía llevar con él a sus conciertos íntimos. No se me olvidará una vez en que, al presentarnos como "su discipulita" a la reunión y requerirme para tocar, lo hice con la emoción de que era el Maestro quien oía sus composiciones. Al final, su beso sobre mi cabeza, iba mojado por una lágrima de emoción.

• • •

Os contaría muchas cosas. Temo hacerme pesada y resumiré estas pobres palabras mías.

Cuando marchaba a Barcelona el Maestro, mi madre y yo nos marchábamos a aquella ciudad y continuaba mis lecciones con él. Cuando venía a Valencia, también seguía sus enseñanzas. Entre tanto, man-

tenía correspondencia con mi padre, y a mí me escribía unas cartas de emocionante ternura. Estas cartas las he donado al Museo que Villarreal ha consagrado a Tárrega, y allí pienso mandar algunos otros recuerdos suyos.

Después hube de hacer mi presentación al público, pues había elegido, como el Maestro la guitarra como norma de vida. Algunos conciertos; mi marcha a América; mis triunfos inolvidables por allí donde no se había oído la guitarra; mi vuelta a España, donde una copiosa gira me permitió conocerla; mi contrato con Norteamérica, mi despedida en Alcoy, mi matrimonio... en fin toda mi vida dedicada a este arte, llena mi alma de recuerdos. Pero yo quisiera dejar en vosotros, acaso uno de los más emocionantes de mi vida, y que, precisamente por su sencillez, guardo en mi alma el perfume de una bella flor y la nostalgia de un íntimo recuerdo.

En cierta ocasión y para una reparación en la guitarra fuimos mi esposo y yo a Barcelona, en donde estaba el taller de García, en el que el instrumento se había construido. Era esto por el año treinta y cuatro. Mi marido tenía deseos de conocer a un gran artista dibujante, Apeles Mestres, cuya esposa, doña Laura, había tenido relaciones amistosas con su familia, y por cuyo arte, único, tenía de siempre gran admiración. Apeles Mestres vivía en el centro de Barcelona, más por un milagro, el Pasaje Permanyer, era un rincón silencioso y excepcional. El gran dibujante estaba ya casi ciego. Se alegró de la visita, y después de los recuerdos de antaño, al decirle que yo fui discípula de Tárrega, me rogó que llevara allí la guitarra, pues quería escucharme. Y cuando el instrumento estuvo en condiciones, fuimos a aquella casa, en una

tarde de verano, en que las hortensias de Apeles Mestres, cuidadas con solicitud por el artista, adornaban una sala íntima, que si había sido de trabajo en otros tiempos, conservaba, muy limpios, los útiles y tableros que habían servido antes.

Tenía ya una silla preparada; y su sillón convenientemente situado frente al mueble, acaso de otros tiempos.

Comencé a tocar. Tárrega, Sor, Albéniz... todo sonaba muy bien en aquella estancia, como si hubiera algo en las paredes que hiciera de caja de resonancia. Ya era noche cuando juzgué que había de dar por terminada la audición. La última nota, quedo vibrando, y se hizo el silencio; un silencio angustioso e interrogante; Apeles Mestres, en la misma posición del que no tiene vista, no dijo nada. Pasaron hasta unos diez minutos. Ricardo y yo nos miramos un tanto sorprendidos. Por fin, Mestres dijo:

—No he querido romper el encanto de un recuerdo. Solamente voy a decirle, Josefina, que en esa misma silla, es esta misma salita, Tárrega ha tocado infinidad de veces y yo desde este sitio lo he escuchado siempre con el encanto que él sabía poner en su música. Y le diré, en su elogio, que me ha parecido, esta tarde, como si el mismo Tárrega hubiera estado aquí, con nosotros.

—Sí, esto me produjo tan honda impresión como os podéis suponer, juzgar, si después, me la ha aumentado el saber que Apeles Mestres, era un amigo íntimo de Tárrega, de quien escribió copiosas páginas de elogios, y que todos los miércoles, sin faltar nunca, iba Tárrega a tocar a aquella salita, en una reunión íntima, en donde prolongaba las audiciones, a veces hasta la madrugada.

Ya habréis supuesto que si refiero estas cosas, no son, no pueden descender a ser, autoelogio impropio de mí y del respeto que debo a la memoria de Tárrega. Son, nada más y nada menos que la consecuencia de lo que yo he venido a hacer aquí esta tarde: a ensalzar la memoria de mi Maestro, y para un discípulo que ha consagrado toda su vida a seguir, sin concesiones, las enseñanzas que recibió del Maestro, con una fidelidad entera, por encima de todos los homenajes, de todas las distinciones, estan unas sencillas palabras de un amigo de Tárrega, a quien en una tarde pude llevarle el recuerdo de mi Maestro.

TRES ARTICULOS

Del Maestro López-Chavarri

## VERANEO DE ARTISTAS

**Josefina Robledo en Burjasot.—El jardín de los pinos.—Tárrega.—La puesta de sol y la guitarra soñadora.**

---

Mucho tiempo vivió Josefina Robledo fuera de España. Su espíritu gentil fue depurándose. Su sensibilidad femenina se adiestró en sutiles matices de arte. Y al volver a su tierra escondióse en familiar retiro. Allí fuimos a verla.

Es en la montaña de Burjasot, cerca de los Silos; lugar un día casi desierto y hoy lleno de lindas casitas desde las que puede verse la espléndida huerta valenciana.

Se sube por las gradas de la antiquísima construcción, se entra luego en la calle ancha, despejada y silenciosa. ¿No habéis sentido nunca el encanto de esas calles a todo cielo, llenas de luz y de soledad y de silencio? De lejos llegan rumores urbanos, tenues, sin la bárbara actualidad de la cercanía. Y con ellos, más perceptibles, vienen rumores de brisa del mar que pasó por campos floridos; y más cerca todavía, surge cantar de pájaros...

En esa dulce soledad tan cerca de las gentes (y sin embargo, lejos) estudia incansable la selecta artista valenciana Josefina Robledo. Ir a su retiro, es

sorprender una intimidad femenina, intimidad musical, que tiene el encanto de las existencias sinceras, que por la palpitación del arte viven.

Las alegrías de niños atrás quedaron. La silueta del antiguo ermitorio, dorada por el sol de la tarde, levantan su cúpula esbelta entre árboles y bajo un cielo azul intensísimo. Es la paz de Valencia... Entre aquella suavidad del silencio se oyen pronto voces tenues armonías de ensueño... la voz de una hispánica guitarra. Es Josefina Robledo, que en su dulce retiro trabaja.

---

La casita tiene encanto acogedor. A la derecha, la salita de estudio ¡evoca tantas horas de arte! Allí retratos y recuerdos del gran Tárrega, el maestro inolvidable; allí los testimonios elocuentes de grandes triunfos de la artista... Porque esa joven, modesta, silenciosa, que no sabe de "pose" ni de reclamo, ha tenido triunfos grandísimos... Allí, también, testimonios de grandes maestros en admiración de la valenciana gentil. Y en otro lado, libros de predilectas lecturas: Cervantes y Pereda, Tirso y Palacio Valdés, Rubén Darío, Rusiñol, Oscar Wilde... Afán, de lectura, que es una manifestación de la sed de arte que tienen los elegidos.

El tiempo es aprovechado por Josefina Robledo de manera tenaz. No solamente ha de mantener su técnica portentosa con ejercicios diarios, sino que ha de ir formando programas. Ha tenido el buen acuerdo de estudiar las obras de los clavecinistas, que no sufren desvirtuamiento al interpretarlas en guitarra (antes bien, se aproximan mejor a su verdadero carácter), y a la manera de los grandes músicos de los

siglos XVII y XVIII, Bach, Couperin, Rameau... Josefina Robledo ejecuta esas obras la mayor parte de las veces como están escritas para el teclado, y aún hace el alarde de ejecutarlas, a primera vista, leyéndolas directamente en la forma pianística. Este detalle prueba la maestría de la artista valenciana. En contraste con lo anterior, estudia y transcribe con escrupulosa fidelidad obras modernísimas de las escuelas más avanzadas. Y al surgir de entre las cuerdas del hispano instrumento, esas obras extrañas aparecen luminosas, claras, comprensivas... y entonces acaba de apreciarse el instinto musical privilegiado de Josefina Robledo.

En un pequeño jardín de la morada existen unos pinos enormes; a la hora del crepúsculo, cuando el sol poniente vuelve de oro sus centenarias copas, los pájaros se acogen al sitio en deliciosa algazara. Y entonces, el pie de los viejos troncos, en la frescura de la enramada, siéntase la artista y su guitarra empieza a desgranar melodías y armonías suavísimas, que suben a lo alto como perfume de sonidos, como íntima oración musical. Entonces los pájaros van cesando en su charla, y quedan atentos, escuchando aquella increíble maravilla, y las flores del jardín también parece que escuchan estirando sus pétalos, y por entre unos cipreses asómase también la luna para escuchar aquellos sonos, que suavidades de su brillar de plata parecen.

La artista Josefina Robledo es entonces la voz del alma valenciana, en su más íntima, femenina y noble palpitación.

Sábado, 19 septiembre de 1925.

E. L. CHAVARRI

**E**N la linda sala de Eslava se presentó, el domingo por la tarde, ante la afición musical de Valencia, la concertista de guitarra Josefina Robledo. Tiempo ha fue a tierras de América, llevó a los grandes públicos el alma mediterránea y el arte maravilloso de su maestro Tárrega..., y triunfó Josefina en toda línea.

Hoy vuelve a descansar un poco en su patria; ruegos de amigos y aficionados fueron oídos, y la artista se ha presentado al pueblo. El palmario resultado no lo olvidará la artista, ni tampoco, claro está, sus oyentes.

Estas líneas representan nada más que una impresión muy parcamente trazada; luego veremos por qué. Ante todo, debe decir el que suscribe, que siente culto íntimo por la guitarra española, instrumento de confidencias, de horas nocturnas en jardines, de sonoridades dulcísimas. La guitarra triunfó en las mejores épocas de nuestro arte, acompañó los esparcimientos cortesanos en nobles alcázares, y... también en su especie de popular vihuela fue la que acompañó con sus sonos, por ventas y posadas, al nacer de aquella portentosa creación del gran Cervantes.

Y he ahí cómo Josefina Robledo ha venido a ser una encarnación legitimamente hispánica del alma del instrumento nacional. Su sensibilidad valenciana,

su técnica admirable, dan a sus interpretaciones un encanto positivo. Josefina Robledo consigue que el público se olvide del tecnicismo, y a veces hasta de la gentilísima artista, que suavemente, confidencialmente, inclinada sobre la sonora caja del misterio, evoca lejanías ensoñadoras. Y es que el público se siente penetrado por vibraciones de la guitarra (alma de sonido parecen), y despojándose de toda materialidad goza de espiritual emoción evocada por la artista.

El teatro estaba concurridísimo, y esta fue la primera sorpresa grata que tuvimos. Las ovaciones cariñosas y entusiastas se sucedieron con creciente entusiasmo. Josefina Robledo rindió culto a Tárrega en la primera parte: ¡hizo revivir el alma del genial artista! Y como es también una notabilísima adaptadora, puso en el programa transcripciones realizadas con toda felicidad, ejemplo de ello, la "Leyenda", del que suscribe, de efecto insuperable en esta transcripción (gracias le sean dadas a Josefina Robledo), o la lindísima "Berceuse", de Ylinsky...

Una hermosa sesión de arte, y un triunfo feliz para nuestra genial paisana, pues el público salió... pi- diendo nuevos conciertos.

E. L. CHAVARRI

**L**A celebrada concertista, Josefina Robledo, siente renacer sus energías al recibir nuevas publicaciones relativas a su arte.

Esto —nos dice— me van a hacer estudiar de nuevo; me va a obligar a abrir el estuche en donde en que por algún tiempo dormían mis instrumentos.

Y esto es una buena nueva para los aficionados (y aficionadas) al instrumento español. Nuestra artista es verdadera discípula predilecta del gran Francisco Tárrega, a quien llamábamos el San Francisco de la guitarra. Si ella quisiera escribir sus recuerdos, ¡cuántos detalles de alto valor, o simples pasos pintorescos sabría referir! Así, por ejemplo, eran innumerables las veces que, invitado a cenar por miles de alumnos, o simplemente admiradoras del genial artista, él que acudía puntual o con leve anticipación, para no hacerse de esperar, para distraer a los presentes mientras llegaba el momento gastronómico, tomaba la guitarra en el gabinete adecuado, formábase corrillo, comenzaba el soberano tañer, y ya nadie se acordaba más que de oír, y el artista de tocar; y sólo cuando por una ventana o balcón entraba la luz del día, se daban cuenta maestro y oyentes del tiempo transcurrido.

Josefina Robledo debe de saber muchas anécdotas, muchos casos de este género, todos ellos auténticos y presenciados por ella. Bueno fuera instarla a su publicación, así como a decirnos de su escuela, en donde se llega a lo inefable en punto a pureza e inmaterialidad del sonido.

El cronista recuerda también que presenció en su juventud una edición valenciana de las obras de Tárrega, hecha por otro músico de valía, otro Francisco, positivo mérito, el maestro Antich, director artístico de la casa musical sucesora de Prósper, y que publicó cuidadosamente las obras de Tárrega, con artística portada, realizada por el pintor Muñoz Dueñas.

Naturalmente, que muchos de estos recuerdos a que aludimos no podría conocerlos "de visu" Josefina Robledo, porque por entonces no había nacido. Ella alcanzó los tiempos de plenitud musical de su gran maestro. Es también muy natural que su nombre figure, en reciente edición, dirigida por Emilio Pujol, porque de los tiempos de éste y de los de Llobet, procede nuestra paisana que hoy, como aquel legendario rey de la antigüedad, quien, luego de alcanzar la cúspide de la fama, supo dejar esplendor y honores, y retirarse a cultivar su modesto campo de familia, tranquila y dichosamente.

29 de marzo de 1958.

E. L. CHAVARRI

## EN GODELLA TENIA QUE SER

Artículo del ilustre periodista Pascual Portillo en "Jornada".



**E**N Godella tenía que ser... Yo creo que no existe en toda la provincia un rincón urbano con mayor y más dilatada vida artística que este de Godella, del que la escena, la música, la pintura y el canto han extraído nombres gloriosos en todos los tiempos. No hace mucho tiempo visitaba admirado el estudio de Ignacio Pinazo. En unos armarios, montones de pequeños cuadros, de apuntes colocados como formando una biblioteca, de su padre. ¡Qué riqueza artística más insospechada! Allí pude constatar estilos pictóricos que parecían modernos atisbados, resueltos por el arte y la imaginación de aquel extraordinario godellense de proyección universal. Su hijo, heredero también de su arte, cuida con cariño casi religioso aquel rincón lleno de nostálgicos recuerdos.

Anoche, casi por casualidad, tuve también una sorpresa artística, que ha dejado en mi ánimo, profunda huella. En una terraza de la plaza de la ermita sobre el verde exuberante de la huerta en una noche clara, en tertulia íntima, casi familiar, he escuchado —descubierto— el arte maravilloso de una artista excepcional, una valenciana que vive en Godella, después de haber paseado su arte por lejanos confines del mundo. Me refiero a Josefina Robledo, concertista de guitarra, discípula de Tárrega, de las cuerdas

de su instrumento, con sonoridades que más me sonaban a arpa, fueron brotando interpretaciones magistrales. Tárrega, naturalmente, Albeniz, Chopin, Mendelson, Bach... Técnica depurada, oficio perfecto, pero, sobre todo, corazón, alma trasladada a través de sus alargadas manos, sentimiento, arte en suma.

Una suave brisa mecía árboles y plantas de un jardín de estilo inglés. A veces, parece que también obedecían al ritmo, a la melodía, Y durante el interesante recital, ni un solo ruido vino a empañar el encanto de aquella portentosa exhibición artística. Los trenes eléctricos pasaron seguramente silenciosos, los camiones que circulan por la vecina carretera no necesitaron usar sus cláxons. ¿Secretos de proyección del arte?

Josefina Robledo, sigue poseyendo, artísticamente, un vigor juvenil insospechado. Y todo ello —y aquí está el milagro de su arte— a los seis meses de haber sufrido una rotura de pierna... ¡y de muñeca! Parece increíble.

Después, en la conversación mantenida entre el pequeño grupo de asistentes al prodigio recital, se suscitó el tema de la lástima que produce que este género artístico muera con el intérprete, Josefina Robledo no tiene grabado su arte. La mejor intérprete de Tárrega se marchará una día de este valle de lágrimas —Dios quiera que tarde mucho— y nos quedaremos sin el regalo de su maravillosa sensibilidad artística como genial concertista de guitarra. ¿No habría instituciones culturales —pienso, por ejemplo, en la provincial de Alfonso el Magnánimo— que patrocinaran unas grabaciones que yo creo que, además tendrían una aceptación mayor de que suponen las empresas comerciales?

Allí, en Godella, Josefina Robledo, durante horas y horas, cultiva su afición, se exala con su arte; pero para ella sólo. Sólo la casualidad, el regalo de la amistad, puede trascender en momentos inolvidables como el de anoche. Gracias, muchas gracias...

Valencia, 9 de marzo de 1961.

PORTILLO

## CHARLA RADIOFONICA

En la "charla radiofónica" del día 8 de mayo de 1964, Radio Valencia, daba la siguiente de "Pigmalión" en su emisión nocturna:

Caía el sol cuando llegué a Godella. Los pájaros buscaban su refugio en los árboles de los jardines y huertos que forman calles de este pueblo; calles de tierra roja, sin urbanizar; puertas escasas y cerradas; calzadas desiertas, sin tránsito. La voz de unos niños se oye a lo lejos.

Pregunto a una mujer si me puede decir dónde vive la persona a quien busco. No lo sabe. Le manifiesto mi extrañeza, pues es muy conocida la persona a quien deseo visitar, y también, su esposo, Director del Grupo Escolar de Niños, don Ricardo García de Vargas, esposo de doña Josefina Robledo. La intérprete acabó por decirme que ella no era del pueblo.

Los pájaros habían callado durante mi interrogatorio, escuchándonos. Pero, cuando la buena mujer me despachó, dejándome con la boca abierta, volvieron todos ellos a gritar y moverse, saltando arriba o abajo, entre las ramas de los árboles. Eran centenares los pajarillos que vociferaban con las mismas notas. ¡Qué hubiese dado yo por saber lo que decían!

Yo imaginé que imprecaban a aquella mujer que no sabía donde vivía, a quien yo buscaba: —¡Tonta! ¡Si desde aquí estamos viendo la casa de Josefina Robledo! ¡Allá! ¡Allá!

Estas exclamaciones creí escuchar en los gritos de los pájaros, y, como yo andaba y desandaba mi camino para tomar el propio, los pájaros seguían gritándome: "¡Allá! ¡Allá!" ¡Desde aquí vemos la casa!

¿Para qué sirven mis lecturas, mis pretendidos conocimientos de los libros si no sé, ni alcanzo a comprender el lenguaje operístico de los pajarillos? "¡Allá! ¡Allá!", comprendí yo luego, que debían decirme, indicándome con la cabeza dónde encontraría la casa que buscaba. Decididamente tomé el camino que me indicaban: unos niños que corrían, los únicos que vi en la calle, confirmaron mi acierto y me señalaron el domicilio de su maestro, don Ricardo García de Vargas, esposo de doña Josefina Robledo.

Era una casa de música que ellos, los pájaros, conocían por la música, el único nido de Godella, cuyo interior susurraba un murmullo de voces musicales, que para los pájaros era el palacio de su hada encantada, que les hablaba con música y que en vano ellos intentaban descubrir escudriñando desde los árboles el sitio donde se hallaba aquel prodigio de trinos, acordes y canciones que jamás podrían imitar con voces nocturnas de una guitarra.

Subí las escaleras de aquella casa mientras oía los últimos compases de una obra clásica gramofónica.

Me encontré en un oratorio de arte en donde los pájaros hubieran creído encortrarse en una jaula.

Silencio de contemplación artística. Descuido del clásico artista, casi eventual: cuadros de Ignacio Pinazo: una muchacha preparando flores para echarlas a las imágenes de la procesión. Un hermoso óleo en marco ovalado, pintado por Viñes, de Francisco Tá-

rrega, regalado a la artista en Buenos Aires. Unas rosas pintadas también por el pintor y escultor Ignacio Pinazo, autor de la hermosa y delicada escultura de Josefina Robledo, tañendo la guitarra.

Unos asientos confortables donde comenzamos a conversar, doña Josefina Robledo, su esposo, el cultísimo Director del Grupo Escolar de Godella, nacido en Jaén.

Me encontraba en ese estado enfático, sedativo y soñador, propio de la convivencia entre personas comprensivas, elevadas de espíritu, que sueñan con sus estudios y sueñan con sus recuerdos.

Desde mi asiento veía una gran caricatura de Tárrega, por González Martí, o sea, por Folchi; enfrente de ésta, cuadros de Andrés Goñi; más cuadros de flores de Giner, pintor de Godella; y otro óleo de Bronchú.

La luz de la tarde iba amortiguándose entre el cuchicheo de los pájaros en la arboleda de enfrente, que no dejaban de cantar.

Yo conocí a Josefina Robledo en sus primeros años de artista, cuando se hablaba de ella después de su primer concierto en Valencia. Supe luego que había nacido en Valencia, en la calle de San Esteban. Su maestro fue Francisco Tárrega, el gran maestro de este instrumento, que él elevó a la categoría de instrumento de concierto. Este genial guitarrista vivió en París, llamó la atención de Víctor Hugo, poeta que no gustaba de la música; pero Tárrega era admirado por los grandes hombres del mundo intelectual y artístico que había fijado su residencia en París. Por último, se situó en Barcelona; aquí es donde Josefina recibía sus lecciones, y fue una de sus alumnas predilectas.

En sus mudanzas de Valencia no se apartó mucho de su calle natal; vivió también en la calle de En Blanch, y de aquí marchó a América, al Brasil, a Río de Janeiro, para regresar a Valencia después de una turné; pero, no; en Río de Janeiro se prendaron de su arte y no la dejaron partir; sus alumnos, alumnas y admiradoras pusieron coto, y la genial Josefina hubo de fijarse allá por tiempo incierto; años en Río de Janeiro; años en la Argentina; temporadas en Uruguay y en Paraguay, en esta población donde las mujeres, según dice la artista, son de pura línea.

En Buenos Aires el pintor Rojas le hizo una magnífica caricatura con la dedicatoria: "Para la eminente concertista de guitarra Josefina Robledo. Su Admirador Rojas. Buenos Aires 1923."

En fin, la concertista, que había salido de turné por América en 1914, volvió a Valencia en 1924.

Es agradable escuchar sus episodios por aquellas tierras de habla portuguesa y española. Yo sentía pasar el tiempo escuchándola cuando me refería sus intervenciones entre los más eminentes intérpretes del arte musical y del canto, recordando que entonces estos intérpretes huían de Europa encendida en guerra en sus primeros años de estancia de Josefina en América.

Nos quedamos en silencio para dejar que los pájaros tuviesen la satisfacción de sentir que no cantaban en vano. Se decían las últimas reconveniones para pasar la noche o para colocarse en buen lugar.

Una mesa abastada de frutos de naturaleza viva colocó la señora Robledo a nuestro alcance: avellanas, pasas, manzanas, nueces... y un café que eran tanto más oportunas por cuanto los pajarillos acom-

pañaban a aquella merienda frugal con los últimos trinos y gorgoros de su concierto visperal.

Recordaba yo a doña Josefina la primera vez que la vi y oír tocar. La vi alta y muy blanca, extremadamente blanca, de distinguida y delicada blancura.

Su esposo, don Ricardo García de Vargas, buen escritor y muy culto, me demostró mucha y delicada atención hace siete años, cuando el cometa Arend-Roland se presentaba todas las noches en el cielo de Valencia. Una noche fui a Godella. Encontré a don Ricardo armado de unos grandes gemelos con los que pudimos hacer observaciones del astro, comentarlo...

Poco después de oír al último pájaro, los dos esposos me mostraron sus recuerdos de su vida de artista y didáctica. Me mostraron un precioso Cristo Crucificado que, sin duda alguna aciertan los peritos cuando lo han clasificado como Alonso Cano. Es una sorprendente escultura de marfil donde Cristo dibuja un rictus de expresión inenarrable.

De pronto doña Josefina se presenta con su mágico instrumento: la guitarra. Era ya de noche. Era su hora, y la de la guitarra; una guitarra que no era la primera que tocaba la artista en los principios de su carrera artística, una Arias; no. Era una guitarra de Francisco Simplicio, que le regalaron sus admiradores de Buenos Aires.

Era la que recordaban los pájaros en sus veladas nocturnas.

Una zarabanda francesa del siglo XVII de Gaspar Sanz. Dos minutos de Sor, aquel maestro español que vivía en París. Estos minuetos tal vez los oyeron personajes de la corte de Napoleón.

Y para final, el preludeo núm. 7 de Chopín.

Mi admiración llevóme al encanto y al embeleso. Oí un grito prolongado de un pájaro. ¿Qué decía? Tal vez recordaba su indicación de la tarde cuando yo buscaba el embrujo de la casa de Josefina Robledo. Tal vez me recordaba que me decía:

—¡Allá! ¡Allá!

Y nada más por hoy. Buenas noches.

JOSE MELIA "PIGMALION"

## ORACION FUNEBRE

Por el Ilmo. Sr. D. Emilio M.<sup>a</sup> Aparicio,  
Capellán Mayor de la Basílica de Ntra. Sra.  
de los Desamparados, y Académico de  
número de la Real Academia de Bellas  
Artes de San Carlos.

**Funeral celebrado en la Parroquia de San Bartolomé  
Godella, 26 junio 1972**

Reverendos hermanos sacerdotes

M. I. Ayuntamiento.

Entidades culturales y representaciones diversas.

Hermanos todos en el Señor.

1. Nos hemos congregado aquí, en este templo parroquial de San Bartolomé apóstol, iglesia Madre de Godella, para celebrar la santa Eucaristía por una de sus hijas espirituales.

Nos ha convocado el M. I. Ayuntamiento de Godella, por tratarse de un destacado miembro de la población, y, entre muchas representaciones culturales, asiste la Real Academia de San Carlos, de Valencia, en la persona de su Presidente, su Secretario perpetuo y varios académicos, como homenaje póstumo a una auténtica artista, de exquisita sensibilidad, que vivió dedicada por muchos años a la más espiritual de las Bellas Artes.

Y terminada la lectura de diversos textos bíblicos, debe cerrarse la Liturgia de la Palabra, con un sus-

cinto comentario a las principales ideas expresadas en dichos fragmentos de los libros santos.

2. En el Libro de la Sabiduría se nos ha dicho que la "vejez venerable no son los muchos días", sino "la prudencia", "la vida sin tacha".

Cuando una vida termina decimos que suena la hora de los elogios; pero más bien es el momento de la verdad, el instante en que surgen los remordimientos, no ya por los desprecios anteriores, sino por los menosprecios; hora, en todo caso, de la justicia, ante el misericordioso tribunal de Dios y también ante los hombres.

No podemos eludir algunos rasgos biográficos, en este acto que tiene tanto de merecido homenaje de afecto y gratitud. Y recogemos aquellas frases de otro vecino insigne de Godella, al menos en los meses estivales, también fallecido recientemente, don Javier Goerlich, q. g. h., que presentaron a la finada como "la genial virtuosa de la soñadora y españolísima guitarra, uno de los mayores prestigios mundiales de su difícil arte", cuando en 1951 volvía al Círculo de Bellas Artes de Valencia a ofrecer "una audición íntima de supremo interés artístico".

Allí mismo, "muy niña todavía, fue presentada por su gran maestro Tárrega, que al finalizar una de aquellas inolvidables audiciones a que nos tenía acostumbrados... quiso el insigne maestro fuese conocido el arte de su pequeña discípula, la cual, con inolvidable emoción, hubo de ofrecernos las primicias musicales de ese arte excelso y envidiado que había luego de trasponer las fronteras, despertando el espíritu de todos los públicos con el sublime canto de su guitarra".

Ciertamente, desde 1904 había sido discípula de Tárrega, hasta su fallecimiento ocurrido en 1909, el año de la Exposición Regional, promovida por el primer Marqués del Turia. De esta época, en 1907, exactamente, es su primer concierto en el Conservatorio. Seguirá perfeccionando su arte a las órdenes del maestro Peñarrocha. Y vendrán sus doce años de gira artística por tierras americanas, iniciada en la Argentina y proseguida en Uruguay, Paraguay, Brasil y otros países.

En todas partes la concertista, y seguimos citando a don Javier. "a su arte de aparente facilidad uné su técnica depurada e insuperable y su recio temperamento musical, de una fuerte personalidad que sabe transformar cada concierto, cada audición en una provechosa y delicada lección de bien decir".

Es que cuando hay alma, cuando un genio musical vibra y siente, su emoción trasciende a cuantos son testigos de su arte singular. Poéticamente lo expresa aquel soneto de Arturo Rey Marzal, en el que preguntaba a la concertista:

"...en tu caja sonora

¿qué has hecho que sus cuerdas tienen esa ex-  
[presión?

¿Porqué unas veces ríe, otras veces llora,  
como si tu guitarra tuviera corazón?

¿Corazón? ¡Y lo tiene, Josefina Robledo!  
Un corazón que acaso es del tuyo remedo  
por lo mucho que siente, por lo que hace sentir;  
que seduce y encanta, que arrebatada y fascina,  
la guitarra en tus manos es un arpa divina  
porque más que pulsarla es que la haces latir."

3. La nostalgia de la "terreta", tan fácil en aquellas latitudes, pronto hizo presa en el espíritu extremadamente sensible de la artista y decidió el retorno a la "Madre Patria". ¡Con qué gozo inefable acarició —así, sin retórica alguna, con toda la exactitud del vocablo—, **acarició** los viejos sillares del "Micalet", y con qué emocionada devoción se postró ante la imagen querida de la "Mareta dels valencians"!

Siguió una amplia gira artística por España. Y en Andalucía ocurrió el encuentro providencial —en cristiano, no podemos hablar de casualidades—, que había de inspirar un nuevo rumbo a su vida artística y llevaría al establecimiento de su domicilio en Godella.

Fue en tierras de Jaén, a las que profeso singular estima por haber vivido un año en circunstancias bélicas imborrables. En Martos existía una Asociación de Cultura Musical como adecuada prolongación de la misión docente del Director de la Graduada. Por allí desfilaron notables artistas y allí brotó el fundamento de un nuevo hogar cristiano.

4. El cambio del estado civil no determina la mutilación de las legítimas aficiones, como tampoco experimenta merma alguna en sus afectos e inquietudes los bienaventurados de la Gloria. Es verdad que con un contrato para Norteamérica cesaron las giras artísticas por ansiar una dedicación más completa a aquella dicha hogareña que cantó con sus versos geniales el poeta salmantino.

"La guitarra fue siempre parte de su vida, asegura un testimonio fidedigno. Todos los días estudiaba; hacía arreglos de obras de piano, investigaba músicas antiguas, en una labor admirable, siempre de cara al espíritu; de vez en cuando, actuaba en

algún acontecimiento musical o en alguna obra benéfica, con soltura y gran complacencia; su final, invariablemente, era depositar a los pies de la Virgen, su "Mareta", el ramo de flores con que le habían obsequiado.

Hace tan sólo tres días, en la sesión necrológica que la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos dedicó a los esposos Goerlich-Miquel —justo homenaje al activo Presidente y a unos generosos mecenas del Arte— el doctor Corts Grau advertía que "amar a alguien es situarlo dentro del siempre de nuestra vida; amar a alguien es necesitar de su vida para seguir viviendo".

A la luz de este amor inmarcesible habrá que entender la compenetración absoluta del matrimonio García de Vargas-Robledo, a lo largo de sus cuarenta y cinco años largos. Juntos se les vio en tantas manifestaciones de la vida artística, religiosa, cultural, con aquella humanidad que era comprensión, delicadeza, sencillez, esa elegancia, en suma, que cautivaba. Es que hacían suya aquella feliz máxima de San Francisco Javier que tenía a la "cortesía como la flor de la caridad". Frente al simpático de oficio que, por lo mismo, sabe a ficción y a oropel está la sonrisa acogedora que es expresión de los valores exquisitos de un alma.

¡Cómo conmueve un matrimonio perfectamente compenetrado! ¡Cómo emociona contemplar cónyuges ancianos, cada día más enamorados, cada día más entrañablemente unidos por un amor, que como el buen vino gana calidades con sus años de cavat! Entonces, los trabajos de uno siempre cuentan con el aliento, el estímulo y la colaboración del otro. Por eso es tan justo que Godella en pleno, por medio

de su Ayuntamiento, dedique este recuerdo a la que fue autora moral de tantos actos y de tantas páginas como se han realizado en estos últimos años para enaltecer la población.

"Vejez venerable no son muchos días, diremos parafraseando al autor del Libro de la Sabiduría, sino la prudencia y la vida sin tacha". Pero cuando esta vida sin tacha y con prudencia abarcan ochenta años, aumenta indeciblemente nuestro elogio.

5. Entre los dones del Espíritu Santo destaca el de piedad, que nos mueve a sentirnos hijos de Dios. Bellamente nos lo ha recordado San Juan, el apóstol del amor, en la segunda lectura. "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!... Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es".

Ese convencimiento íntimo de ser hija de Dios y de estar en sus manos, hizo superar toda repugnancia ante la muerte —¡tremenda repugnancia ante la separación de alma y de cuerpo, hechos para convivir siempre, y de dejar cuanto nos sirvió en la vida terrena!— y saborear las oraciones litúrgicas propias del caso, con una entrega ejemplar a Dios, con una elegancia ante la vida y la muerte, que se convertía en armoniosa guitarra que tañía expresiva y sinceramente, el himno de laudes de su consciente inmolación.

"El Señor es mi luz y mi salvación", decía con él el salmista. "Por eso una cosa pido al Señor: habitar en la casa del Señor..."

6. Cerremos nuestro comentario con las palabras del Maestro: "Os lo aseguro... Si el grano de

trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto."

Ese fruto abundante de eternidad y de gloria eterna lo ha recogido ya nuestra hermana. Y ese fruto abundante que sigue a la muerte del justo, serán gracias muy especiales del Señor, logradas por su intercesión para los suyos que permanecen aún en el tiempo, para las obras de su predilección, Godella y la tierra valenciana que tanto amó, para tantos y tantos círculos concéntricos que irán extendiéndose por el tiempo y por el espacio.

Sean las últimas palabras aquéllas de la plegaria litúrgica: "Oh Dios, que concedes el perdón de los pecados y quieres la salvación de los hombres; por intercesión de Santa María, siempre Virgen, de San José, San Bartolomé y de todos los santos, concede a nuestra hermana Josefina que ha salido ya de este mundo, alcanzar la eterna bienaventuranza. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

## Grabados

Reproducción del dibujo de Pinazo.

Josefina Robledo (1915).

Trío de los jóvenes Robledo.

Josefina eligió la guitarra.

Facsimil del programa del primer concierto.

Unas letras del Maestro Tárrega a su discípulo.

Una foto que nos envió para este libro Mercedes Aguinaga.

Un recuerdo de la Armónica Alcoyana.

Del concierto de Villarreal.

Josefina en sus últimos años permanecía fiel al recuerdo de Tárrega.

### LOS ARTISTAS VIERON ASI A JOSEFINA:

Bronce del escultor Ignacio Pinazo.

Dibujo de Rojas.

Dibujo de Columba.

Dibujo de Goñi.

Dibujo de Solís de Avila.



Con los tres hermanos Robledo: Alberto, María y Josefina se logró un trío que interpretaba obras con mucho éxito.



Josefina eligió la guitarra.



CONSERVATORIO DE MÚSICA  
— DE —  
VALENCIA  
— — —  
CONCIERTO POR LA PRECOZ  
GUITARRISTA  
STA. JOSEFINA ROBLEDÓ  
PARA EL SÁBADO  
16 de Noviembre de 1907  
A las 9 de la noche



Programa del primer concierto de Josefina Robledo dado para su presentación en el Conservatorio de Música y Declamación de Valencia.





Por mediación del catedrático de guitarra del Conservatorio de Música de Pamplona, don Melchor Rodríguez, nos envía Mercedes Aguinaga, discípula de Tárrega, esta foto de Josefina Robledo.



En unos actos de brillante recuerdo para Josefina Robledo, fue nombrada Presidenta de Honor de la "Armónica Alcoyana", por cuya entidad musical siempre tuvo tanta predilección.



El Ayuntamiento de Villarreal de los Infantes (Castellón), la patria de Tárrega, organizó con motivo del centenario del nacimiento del Maestro una velada en la que Emilio Pujol, Daniel Fortea, Pepita Roca y Josefina Robledo tuvieron una lucida participación; en la foto, Josefina Robledo aparece entre los hijos de don Francisco Tárrega.



Josefina Robledo, en sus años postreros, seguía fiel al recuerdo de Tárrega.

**ALGUNOS ILUSTRES ARTISTAS VIERON ASI A  
JOSEFINA ROBLEDO**



Ignacio Pinazo, el escultor, hizo esta figura en bronce de Josefina Robledo.



Rojas, el gran dibujante bonaerense, captó de esta manera el final de un recital de Josefina Robledo en la capital del Plata.



Columba, el dibujante y caricaturista de la Argentina, hizo este dibujo de Josefina Robledo durante un concierto dado en Buenos Aires.



Andrés Goñi, el gran dibujante y pintor, vio así a Josefina Robledo en los días de su regreso a la Península.



Solís de Avila publicó en ABC este dibujo a raíz de una actuación en el Teatro de la Comedia.



SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN  
LA CIUDAD DE VALENCIA, EN LOS  
TALLERES TIPOGRAFICOS DE JOSE  
MARI MONTAÑANA, PLAZA DE  
LA VIRGEN, 3, EL DIA 6  
DE ENERO DE 1975,  
FESTIVIDAD DE LA  
EPIFANIA DEL  
SEÑOR.  
L X D